

El caballero andante

Eduardo Gallegos Mancera

Carmelo Vilda

La primera vez que conversé con el Dr. Eduardo Gallegos Mancera tuve la impresión de que me había topado de bruces con un visionario. ¡Tal era la exaltación, carisma e inefabilidad de su palabra! Con entusiasmo y fervor misionero me hablaba de la URSS, días antes de la visita que yo iba a realizar al corazón del socialismo real. Su prominente calva, tan ascética como un miércoles de ceniza, y sus ojos reverentes, acentuaban todavía más la fisonomía sacral que irradiaba su personalidad.

Después de las palabras me acosó con la documentación correspondiente. Viajé a Moscú, Sofía y Bucarest bien acreditado, febril la mente y devota el alma, estimulado por su vehemencia. Todavía pocas horas antes de salir hacia el aeropuerto recibí por medio de un mensajero del Congreso de la República, un discurso del Patriarca Pimen sobre las relaciones con el Estado y la Iglesia ortodoxa en la URSS.

Incansable el viejo... y emotivo su ahínco, dinamismo espiritual de un hombre batallador e inconformista, sabio y bueno a la vez, pecho abierto hacia la vida, hacia escatologías mesiánicas. ¡El soñaba con nuevos y mejores tiempos!. Nació condenado a amar al prójimo hermano, consciente de que el amor es un milagro que sólo realizan los hombres de fe.

Hablar de Eduardo como hombre de fe puede parecer pretencioso e incluso estentóreo. Lo que sucede es que su fe, nada tiene que ver con creencias o credulidades sino con búsquedas oriundas de las estepas más humanas del hombre. El prójimo existía para él no como abstracción colectiva o proyección de sí misma sino como servicio solidario. No cabía, por tanto, otra relación con el hermano que el amor fraterno sin marginaciones de razas, geografías o credos: "amarás a tu prójimo pero nunca olvides que es otro", le escuché una vez apropiándose un versículo de A. Machado. Y, en efecto, ejerció la medicina como práctica concreta de servicio al pobre o desvalido. Vivió en resumidas cuentas, a lo caballero andante, sincero y leal en sus adhesiones, al acecho siempre de cualquier noble combate, tantas peleas interiores contra la injusticia que le robaban el tiempo y el reposo. Por eso no sabía descansar: a cada rato escribe, exhorta, archiva pruebas y recortes, conversa o estimula.

Pero además de bueno, bolivariano de a pie, bajado del caballo, Eduardo era poeta, sin tropos ni aderezos culteranos. Aún más, de la retórica, de los manifiestos revolucionarios y proclamas meramente programáticas los salvó la poesía. Su sensibili-

dad poética lo desnudó de panfletismos y mascaradas políticas. Por eso fue más camarada que comunista, más adherido al partido por sangre que por consignas y reglamentos, más atento a los post-ceptos que a los pre-ceptos, a las consecuencias y no a las premisas, a realizaciones y no a decretos. En definitiva más seguidor de Marx que de los dogmas de Stalin aunque ensalce, a veces, en sus versos los aceros que hoy están desmantelando en Hungría, Polonia o Afganistán. Al fin y al cabo siempre era más ancha su doctrina que su verbo.

Como político, como Senador durante tantos años, no se desgastó en demagogias. Fue activista y pagó con cárcel y tortura su militancia contra la dictadura pero prefería la agitación de la prensa, del tú a tú que la de los mítines callejeros ¡Cuántas cartas no envió entre prisas y vientos!. En más de una reunión protocolar me invitó a salir del mundanal ruido para buscar la soledad y la conversación directa. Era el Eduardo concreto, dialéctico, cordial, humano, antípoda del sectarismo, quien se desbordaba en la entrega directa, cuando su yo se transformaba en nosotros y su voz en plática común.

Eduardo se ha ido... después de haber amado la vida, la tierra y al hombre... Se ha ido y nos ha dejado herida el alma a los amigos. Vivió mucho en poco tiempo, cada vez más mártir cuanto más anciano. Se ha ido después de habernos regalado su otoño madurado por el amor que al brindarse no se agota. Se ha ido con despedida sobria hacia el Dios que todos llevamos (intuido por él tan en secreto, como desde una atalaya de frontera)... hacia el Dios que todos hacemos,...

que todos buscamos y que ciertamente él habrá encontrado. Se ha ido, como vivió, con dignidad, asumiendo honestamente su soledad final y su finitud precisamente cuando iniciamos en Venezuela el año del desarrollo neoliberal, fondomonetarista, año de sancionamientos y cauterios según nuestros gobernantes.

Murió del corazón, es lo mismo que decir del "mal de patria" que mata a los honestos. Porque toda su vida, toda su actividad fue praxis de rectitud, decencia y pasión por Venezuela. No sucumbió al soborno, al halago, a la petulancia. Pertenecía a esa generación de médicos a punto de extinguirse, nutrida en el ejercicio de la honradez y gratitud como condición natural de quien se dedica a la salud del ser humano.

Al desaparecer de la vida política venezolana la presencia de Eduardo temo que el país se resienta todavía más de la anemia ética que entorpece su desarrollo.

